

7 DÍAS DE

oración y reflexión

Basado en la serie:

EL
RETRATO

DEL APRENDIZ

UN ESTUDIO DE LAS BIENAVENTURANZAS



CÓMO USAR ESTA GUÍA

Texto base: Mateo 5:8 | Salmo 51:10 | Lucas 23:42-43

Predicó: Pastor Sammy | Semana del 14 al 20 de julio de 2026

"El corazón limpio no es el que nunca se contaminó. El corazón limpio es el que no le esconde su contaminación a Dios." – Pastor Sammy

El domingo empezamos con una pregunta incómoda: ¿y si Dios ha estado enfrente de mí... y yo no lo he estado viendo? Hubo gente que caminó al lado de Jesús —que le vio la cara, comió de su pan, oyó su voz— y no lo vio. No fue distancia, ni falta de evidencia. Fue el cristal. Porque el corazón es el cristal por el que vemos a Dios, y ese cristal se ensucia gota a gota, con cuatro venenos: la apariencia, la avaricia, el amor a la gloria humana, y la dureza. Esta semana no vamos a esforzarnos por limpiar el cristal nosotros mismos —no podemos, el interruptor no está de nuestro lado. Vamos a hacer algo más honesto: nombrar el veneno que se coló en nuestro cristal, y entregarle a Dios el corazón que tenemos, con contaminación y todo, orando lo que oró David: "crea en mí, oh Dios, un corazón limpio". Porque un corazón limpio no es algo que tú produces. Es algo que Dios crea. No es una semana para verte más limpio. Es una semana para volver a ver a Dios.

ORO SIN MEZCLA

Mateo 5:8 (NTV): *"Dios bendice a los que tienen corazón puro, porque ellos verán a Dios."*

Reflexión: Empecemos por desarmar una palabra, porque de eso depende todo. Cuando oímos "corazón puro", casi todos pensamos lo mismo: un corazón que no peca, limpio en el sentido de que no hace nada sucio. Puro = santo = sin manchas. Y ojo: la Biblia sí habla de una iglesia sin mancha ni arruga, una novia santa que Cristo presentará sin defecto. Pero fíjate en algo que lo cambia todo: eso no es el requisito para entrar. Es lo que Cristo produce una vez que entras. La palabra griega que Jesús usó, y que traducimos como "puro", es *katharós*. Y *katharós* no significa primordialmente "sin pecado". Significa sin mezcla, sin contaminación, sin nada añadido que no debería estar ahí. Es la palabra que se usaba para el oro puro —oro sin otro metal mezclado. No es oro "que se porta bien". Es oro que es una sola cosa. Un corazón *katharós*, entonces, no es primero un corazón que nunca hizo nada malo. Es un corazón que no está dividido: un solo amor, un solo dueño, un solo Señor. "Sin mancha" no es lo que tú traes a la puerta —es el retrato terminado que el Artista pinta adentro. Lo que Jesús te pide en la puerta es otra cosa: no un corazón perfecto, sino un corazón sin lealtades divididas y sin máscaras. Uno solo, entero, entregado. Trae eso, y Él se encarga del resto.

Pregunta: ¿Habías entendido "corazón puro" como "corazón que no peca"? ¿Cómo cambia tu manera de acercarte a Dios si lo que Él pide en la puerta no es un corazón perfecto, sino uno sin máscaras y sin lealtades divididas?

Oración: Señor, siempre pensé que necesitaba llegar limpio para acercarme a ti, y por eso muchas veces no me acerqué. Hoy entiendo que en la puerta no me pides un corazón perfecto, sino uno entero, sin máscaras. Aquí está el mío —sucio, quizás, pero entero. Te lo entrego. Encárgate tú del resto. Amén.

NO ES PREMIO, ES CAPACIDAD

Mateo 5:8 (NTV): *"Dios bendice a los que tienen corazón puro, porque ellos verán a Dios."*

Reflexión: Casi siempre leemos esta promesa al revés. La oímos así: "pórtate bien, ten un corazón limpio, y como recompensa algún día Dios te dejará verlo." Como si ver a Dios fuera el premio por buena conducta. Pero el texto no dice eso. El texto describe una capacidad, no un premio. El corazón limpio ve a Dios porque es el único corazón que puede. No es que ganes ver a Dios por ser bueno; es que un corazón sin lealtades divididas es el único medio capaz de verlo. Y esta promesa —"verán a Dios"— tiene dos tiempos. Uno es futuro, glorioso, definitivo: un día lo veremos cara a cara, tal como él es, veremos su rostro. Ese es el final de la historia, ver a Dios sin velo. Pero hay un segundo tiempo, y este es el que no se te puede escapar: empieza ahora. El corazón que se va limpiando empieza a ver a Dios ya. Empieza a percibirlo donde antes no lo veía: en la Palabra que de repente le habla, en el hermano que de repente refleja a Cristo, en la mesa, en el dolor, en la mañana común y corriente. El corazón limpio empieza a discernir a Dios donde el corazón dividido solo ve rutina. Y semana a semana, ve más. Esa es una riqueza que el de apariencia jamás tendrá, aunque tenga todo lo demás.

Pregunta: ¿Dónde has estado viendo solo "rutina" —la Palabra, un hermano, la mesa, la mañana común— que quizás sea un lugar donde Dios ha estado y no lo has percibido? ¿Qué cambiaría si empezaras a buscarlo ahí?

Oración: Señor, no quiero esperar al cielo para verte. Empieza ahora. Limpia mi cristal lo suficiente para percibirte donde solo veo rutina —en tu Palabra, en mi hermano, en la mesa, en mi mañana común. Dame ojos para discernirte donde antes solo vi lo de siempre. Quiero ver más de ti cada semana. Amén.

EL VENENO DE LA APARIENCIA

Mateo 23:25–26 (NTV): "...limpian el exterior de la copa y del plato, pero por dentro están llenos de avaricia y de codicia... ¡Limpia primero el interior de la copa y del plato y entonces el exterior también quedará limpio!"

Reflexión: El domingo nombramos cuatro venenos que ensucian el cristal del corazón, y hoy miramos el primero: la apariencia. Los fariseos eran los hombres más religiosos de su tiempo. Y Jesús les dijo algo tremendo: "limpian el exterior de la copa, pero por dentro están llenos de suciedad." Su corazón estaba partido en dos: entre parecer santo y ser santo. Y cuando el corazón se parte entre parecer y ser, elige parecer casi siempre. ¿Sabes qué tan sucio estaba ese cristal? Tanto, que vieron a Jesús sanar a un endemoniado, con sus propios ojos, y dijeron que lo hacía con el poder del diablo. Tenían a Dios haciendo un milagro enfrente, y vieron al diablo. Ese es el veneno de la apariencia: te vuelve un experto en tu imagen y un ciego para Dios. Y antes de pensar que eso es cosa de fariseos de hace dos mil años, hazte la pregunta honesta: ¿cuántos de nosotros cuidamos más cómo nos vemos en la iglesia que cómo estamos de verdad delante de Dios en la casa? El veneno de la apariencia no grita: se cuela mientras pulimos la imagen para los demás y dejamos el interior sin tocar.

Pregunta: Sé honesto: ¿dónde inviertes más energía —en cómo te ves delante de los demás en la iglesia, o en cómo estás de verdad delante de Dios en lo secreto? ¿Dónde se te está colando el veneno de la apariencia?

Oración: Señor, confieso que muchas veces cuido más mi imagen delante de la gente que mi corazón delante de ti. Limpio el exterior de la copa y dejo el interior sucio. Perdóname. No quiero ser experto en mi imagen y ciego para ti. Limpia primero lo de adentro, aunque a nadie más le toque verlo. Amén.

EL VENENO DE LA AVARICIA

Mateo 6:24 (NTV): *"Nadie puede servir a dos amos... No pueden servir a Dios y al dinero."*

Reflexión: El segundo veneno es la avaricia, y este duele, porque su protagonista no fue un extraño. Judas caminó con Jesús tres años. Vio los milagros de cerca, oyó las enseñanzas desde primera fila, vio a Jesús orar de noche. Y su corazón estaba contaminado con el dinero: la Biblia dice que robaba de la bolsa común, y al final lo vendió por treinta piezas de plata. Jesús lo había dicho clarísimo: "nadie puede servir a dos amos... no pueden servir a Dios y al dinero." Ese es el corazón de doble amo, el corazón dividido entre Dios y algo más. Judas tuvo a Dios enfrente cada día por tres años, y prefirió el dinero. El veneno de la avaricia no siempre te hace ateo; hace algo más sutil: pone algo al lado de Dios en el trono del corazón. Y un corazón con dos dueños no puede ver a ninguno con claridad. No se trata solo de dinero, tampoco. Se trata de cualquier cosa que se sube al trono a compartir el lugar que solo Dios debe ocupar. Porque el corazón no fue hecho para dos dueños. Fue hecho para uno.

Pregunta: ¿Qué se ha ido subiendo al trono de tu corazón para compartir el lugar que solo Dios debe ocupar —el dinero, la seguridad, algo más? ¿Dónde estás intentando servir a dos amos?

Oración: Señor, tú dijiste que no puedo servir a dos amos, y sin embargo trato de mantenerte a ti y a otra cosa en el mismo trono. Muéstrame qué se subió ahí a competir contigo. No quiero un corazón de doble dueño que no ve a ninguno con claridad. Sé tú el único Señor en el trono. Amén.

EL VENENO DE LA GLORIA HUMANA

Juan 12:42-43 (NTV): "...muchos creyeron en él; pero, por temor a los fariseos, no lo admitían... Pues amaban más la aprobación humana que la aprobación de Dios."

Reflexión: El tercer veneno es el corazón de todo el mensaje, así que escúchalo bien. En Juan 12 pasa algo escalofriante. Jesús ha hecho señal tras señal, milagro tras milagro, delante de multitudes. Y Juan escribe: "a pesar de todas las señales milagrosas que Jesús había hecho, la mayoría de la gente aún no creía en él." Vieron todo. Y no creyeron. ¿Por qué? Juan no nos deja adivinando; nos da la causa exacta, y es una de las frases más aterradoras de la Biblia. Dice que muchos, incluso líderes, sí creían —pero no lo confesaban. ¿La razón? "Porque amaban más la aprobación humana que la aprobación de Dios." Ahí está. Amaban más el aplauso de la gente que la aprobación de Dios, y ese amor dividido los dejó ciegos. Tenían a Dios enfrente y no lo confesaron para no perder a la gente. Y esto no es de fariseos ni de traidores: es de gente como tú y como yo. Es preferir el "me gusta" a la obediencia. Es cambiar la voz de Dios por la opinión del grupo. Es callar lo que Dios te pide decir porque te da miedo lo que van a pensar. Un corazón dividido entre lo que Dios ve y lo que la gente ve siempre termina ciego a Dios, para no quedar mal con la gente.

Pregunta: ¿Dónde has callado o cambiado algo que Dios te pedía, por miedo a lo que la gente pensaría? ¿Qué "aprobación humana" estás amando más que la aprobación de Dios?

Oración: Padre, con demasiada frecuencia prefiero el aplauso de la gente a tu aprobación. Callo lo que me pides, cambio tu voz por la opinión del grupo, todo por no quedar mal. Y ese amor dividido me deja ciego a ti. Líbrame del miedo al qué dirán. Que tu aprobación me importe más que cualquier "me gusta". Amén.

EL VENENO DE LA DUREZA

Lucas 23:8 (NTV): *"Herodes se alegró mucho por la oportunidad de ver a Jesús, porque había oído hablar de él y hacía tiempo que quería verlo realizar algún milagro."*

Reflexión: El cuarto veneno es la dureza, y su rostro es Herodes. Cuando por fin tuvo a Jesús enfrente, la Biblia dice que "se puso muy contento, porque hacía tiempo quería conocerlo... esperaba verlo hacer un milagro". Quería ver a Jesús. Pero lo quería ver como un show. Como entretenimiento. Como una curiosidad que confirmara lo que él ya había decidido. Tuvo al Hijo de Dios de pie enfrente de él, y vio un espectáculo aburrido que no le dio el truco que esperaba. Ese es el veneno de la dureza: mira a Dios sin verlo, porque ya decidió de antemano lo que quiere que Dios sea. Es el corazón cínico que se acerca a las cosas de Dios con los brazos cruzados: "a ver qué me das, a ver si me entretienes, a ver si me convences." Y desde esa dureza, es imposible ver. Ahora bien, aquí está lo que necesitas oír si de toda la semana te llevas una sola cosa: el veneno rara vez entra de golpe. Entra gota a gota. Nadie decide un lunes "hoy voy a dividir mi corazón". Nadie escoge quedarse ciego a Dios de un día para otro. El cristal no se ensucia de un golpe, se ensucia de a poquito. Una gota de apariencia. Una gota de amor al dinero. Una gota de miedo al qué dirán. Una gota de cinismo. Y un día te asomas por la ventana de tu vida, y todo lo de Dios te parece gris. Y juras que el problema es la ropa, cuando el problema es el cristal.

Pregunta: ¿Te has acercado a Dios con los brazos cruzados, "a ver si me convence", en vez de con un corazón abierto? ¿Qué gotas —de cinismo, de apariencia, de miedo, de avaricia— han ido nublando tu cristal sin que te dieras cuenta?

Oración: Señor, a veces me acerco a ti con los brazos cruzados, cínico, ya habiendo decidido lo que espero que seas. Y otras veces ni me doy cuenta de cómo el veneno entró gota a gota hasta nublarlo todo. Perdona mi dureza. No quiero ver gris donde tú brillas. Ablanda mi corazón y limpia mi cristal. Amén.

CREA EN MÍ

Salmo 51:10 (NTV): *"Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio; renueva un espíritu fiel dentro de mí."*

Reflexión: Si el problema es que la carne pinta su retrato en nuestro cristal, la solución no es que yo pinte mejor. Nadie limpia su propio corazón. El cristal está por dentro; no lo alcanzas. Si limpiarlo por fuerza de voluntad fuera posible, los fariseos —los más esforzados— habrían sido los más limpios, y fueron los más ciegos. Entonces, ¿qué hacemos? Escucha a David, con el corazón más contaminado del Antiguo Testamento en su peor momento. Con las manos sucias hasta el codo, no ora "ayúdame a limpiarme". Ora algo más profundo: "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio." Crea. Esa palabra en hebreo es *bará*, la misma de Génesis 1, cuando Dios creó de la nada. David no pide una limpieza; pide una creación. Y ese es el evangelio: el corazón limpio no es algo que produces, es algo que Dios crea. ¿Tu parte? Una sola: entregarle el corazón que tienes, con veneno y todo, sin maquillarlo. Porque el corazón limpio no es el que nunca se contaminó; es el que no le esconde su contaminación a Dios. Y aquí está la prueba viva. El domingo vimos cuatro hombres que tuvieron a Dios glorioso enfrente y vieron gris. Pero hubo un quinto: un criminal en una cruz, sin una sola buena obra, con horas de vida. Él no tuvo a Dios en gloria; lo tuvo en agonía, muriéndose a su lado. Y giró la cabeza y vio a un Rey. Y dijo: "Jesús, acuérdate de mí." Eso es la oración de David en la boca de un moribundo. David pidió "crea en mí un corazón limpio"; el ladrón fue la respuesta a esa oración, colgado de un madero. Dios le creó un corazón de la nada, y con él vio a Dios. No estás demasiado contaminado para verlo. Si Él pudo crearlo en un criminal con horas de vida y cero méritos, puede crear uno en ti. Hoy. Vienes sucio, como el ladrón, y Él te limpia.

Pregunta: El ladrón no limpió su ventana; la abrió y entregó lo único que tenía —un corazón sucio— diciendo "acuérdate de mí". ¿Qué te impide hacer eso hoy? ¿Puedes entregarle a Dios tu corazón con contaminación y todo, y orar "crea en mí un corazón limpio"?

CREA EN MÍ

(continuación)

Oración: Dios, yo no puedo limpiar mi propio corazón, y ya dejé de fingir que puedo. Como David, no te pido una reparación: te pido una creación. Como el ladrón, no limpio mi ventana: la abro y te entrego lo que tengo. Acuérdate de mí. Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, capaz de verte. Amén.

ESTA SEMANA

Escoge UNA de estas tres prácticas y vívela durante los próximos seis días:

RECONOCER

En un lugar a solas, con tu Biblia abierta en el Salmo 51, pregúntale a Dios: '¿Cuál de los cuatro venenos está en mi cristal? ¿La apariencia? ¿El dinero? ¿El miedo al qué dirán? ¿La dureza?' Cuando te venga el nombre, no lo tapes: nómbralo delante de Dios.

COMPARTIR

El corazón no se limpia en secreto. Trae tu cristal a la luz: comparte con una persona de confianza —o en La Caldera el martes— el veneno que nombraste. El veneno crece en lo oscuro y se muere en la luz.

BUSCAR

Haz lo que hizo el ladrón: gira la cabeza hacia el Cristo crucificado y entrégale tu corazón sin maquillarlo. Ora las palabras de David: 'Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio.' No lo limpies tú —no puedes. Entrégalo, y deja que Él cree.
